



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14103

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

SABADO 26 DE NOVIEMBRE DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Cargos postales en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jozet, 51, Faubourg-Montmartre.

Petición justa

El gremio de alpargateros de esta ciudad, han celebrado hoy una importante reunión para adoptar acuerdos, respecto á la ruinosa competencia que á estos modestos industriales les hacen los talleres del penal, adonde se ejercen toda clase de industrias.

No pueden ser más justas ni más atendibles estas quejas, inspiradas en un espíritu de equidad y justicia.

El penal, aparte de otros perjuicios que ocasiona á la población y de los cuales nos hemos ocupado extensamente cuando se desarrollaron sucesos lamentables, que todavía están frescos en la memoria de todos, hacen una competencia verdaderamente ruinosa á los zapateros y alpargateros, que se ven y se desean para dar salida á los géneros que expenden en sus establecimientos.

Sobre estos industriales pesan infinitos gravámenes que hacen casi imposible el desarrollo de su comercio, y en cambio, los penados que trabajan libremente, sin gastos de contribución, luz, local, etc. etc., lo hacen en mejores condiciones y pueden expender sus artículos á más bajo precio, aun siendo de idéntica calidad.

Por todas partes y á todas horas, vemos grandes partidas de alpargatas y zapatos, vendiéndose públicamente por nuestras calles y mercados, y aquellos están consuados en el penal, vendiéndose después por las mismas familias de los penados á precios verdaderamente inverosímiles por lo barato.

Esta competencia debe cesar, y para que tal suceda, se reúne hoy el gremio de alpargateros, que quizá solicite también el apoyo de los demás gremios de esta población.

CUENTO DEL SABADO

El hueso de aceituna

La Sra. Claudia era muy viejecita; todas las mañanas salía á tomar el sol á su corral. Su hija, sus nietos y algunas honradas vecinas la acompañaban.

El corral estaba dividido en dos porciones por un alto tapial: la más próxima á la casa estaba destinada á criar flores; la otra porción á criar gallinas. Las tenía excelentes, gordas, y ponedoras, y el gallo, casi tan grande como un águila, era arrogante, macgestuoso y tan atrevido, que amedrantaba á las mujeres con su fiero alateo y sus espolazos.

Cien veces rogaron á la Sra. Claudia que dejase plantar en el corral primero un buen árbol de sombra ó de fruto, y así no habría que entoldar, con mantas ó con esteras, el espacio de reposo cuando el sol picaba. Pero ella no lo consintió.

Era á la vez terca y piadosa, y en sus mocedades estuvo para profesar en las monjas clarisas.

—Si Nuestro Señor me da vida y oye mi ruego, ya os dejaré un árbol de cristiana sombra, en la que vivais en paz.

Y esperando todos ese árbol de ignorada virtud, vivieron años y años en paz y concordia, como si la sombra de sus ramas ideales cobijase los destinos de la familia.

Como avanzaba la vejez, la señora Claudia empezó á sentir hondas inquietudes. Sentada en su rústico si-

lón, miraba al aire midiendo la extensión de una copa frondosa y santificante. Y murmuraba palabras incoherentes en que se traslucía un anhelo, que, al realizarse, traería la tranquilidad en el fiero trance de su muerte.

Un día llamó á su nieto Ambrosio y le dijo:

—Hijo, me fio de tí, porque eres el pedazo más querido de mi corazón. Te puse el nombre del Santo Padre más querido de la Iglesia y á él te encomendaré. Ve á Piedras Albas donde hallarás á Fray Jesús de la Buenaventura, uno de los Padres graves de Loreto, y dile que la hermana Claudia quiere la oiga en confesión; que está muy vieja, y no la deje para otra vez. Y trae al Padre Jesús y al lego que le acompañe.

En la noche del siguiente día llegó el Padre, y habló largamente á solas con la anciana mujer. Al marcharse repitió no sé qué ofrecimiento.

La anciana contó días, semanas mes con extraña puntualidad.

Al cabo de unos siete de éstos, llamó á su nieto y le dijo:

Irás á Loreto y dirás al Padre Jesús de la Buenaventura: «ha llegado el tiempo, y la hermana Claudia me envía para llevarle lo que habrá llegado por la mar; está más vieja, y sus piernas ya no le sirven. Y traerás lo que te entregue, con tanto cuidado, como si fuese mi propio corazón.

Fué Ambrosio, y al cabo de cinco días trajo el presente; un hueso de aceituna con una cruz grabada.

—¡Alabado sea el Señor! Este es el árbol que yo esperaba. El os santificará, os fortalecerá y os dará paz.

Es un hueso de oliva de aquellos santos olivos del divino huerto donde el Señor sudó sangre... Bésalo como reliquia santa venida de Jerusalén.

Con exquisito cuidado se preparó la tierra, bien multida y abonada. La reliquia fué enterrada someramente, después de regada y por último, cercada con un círculo de cañas.

Antes que amaneciese, el gallo arrogante y atrevido, se puso de un vuelo sobre el tapial. Después de cantar una y otra vez saludando al día, saltó al corral de las flores y aquí picó, allí escarbó, llegó al círculo de cañas. Esto es cosa nueva, debía pensar —Y con desenfado de gallo viejo y consentido, escarbó, revolvió, echó al aire el maulillo y al fin dió con una semilla rara, que al punto se tragó muy gentilmente.

Los que primeramente salieron y echaron de ver el destrozo, sintieronse desolados.—¿Quién le dice á la abuela?...

Ambrosio cogió la escopeta y estuvo á punto de meter en el cuerpo del diabólico gallo, seis onzas de perdigones loberos. Pero habido consejo, convinieron en disimular y encubrir los vestigios de esta hazaña.

La vieja iba decayendo de día en día; ya no podía moverse, y en el sillón la llevaban junto al árbol.

—¡No brota!

—Ya brotará, abuela; todavía no es tiempo. Y pasaron días, semanas, y meses, hasta que la hermana Claudia entró en agonía y se dispuso al trance.

—¡No brota! Y eso es que el Señor no me quiere.

Tanta amargura había en esta exclamación, que Ambrosio, el «delicado», el pedazo más querido de la anciana moribunda, salió corriendo como un loco en dirección del olivar de la Fuente Saucedá, cien pasos de la casa, y cuando volvió dió á la agonizante;

—¡Abuela, ha brotado! Ven y lo verás con tus ojos.

Y en el mortuario sillón llevaron á la viejecita junto á la tierra cercada de cañas, en cuyo centro asomaba un fresco cogollo de olivo, como una estrella gris y suave.

—Verdad es ¡oh, Dios mío! Gracias por tu misericordia.

Y la vieja dejó caer la cabeza hácia el hombro izquierdo y se quedó inerte, mirando al cielo con ojos que parecían de cristal. Murió de muerte dulce.

—¡Milagro! gritó la gente de fuera que acudió á los clamores.

—¡No es milagro! es caridad—dijo Ambrosio, arrancando el tierno cogollo que puso entre las manos de la muerta.

¡Feliz ella, que se fué con su árbol!

JOSE NOGALES

Las tiendas de ultramarinos

Por real orden inserta en la «Gaceta» de ayer se ha resuelto, en virtud de expediente promovido por el gremio de vendedores de géneros ultramarinos, de la corte, que se adicione el epígrafe núm. 15 de la clase novena tarifa primera del reglamento de la contribución industrial con la nota siguiente:

«Estos industriales no podrán vender salchichón, butifarra, embuchados, quesos de bola, de Roquefort, de Gruyere y de nata, por ser artículos comprendidos en clases superiores de la misma tarifa. La existencia en estos establecimientos de jamón que no sean las llamadas puntas de este artículo y otras porciones ó trozos del mismo les obliga á tributar por la clase octava de esta tarifa.»

Egipto pide la Constitución

Las corrientes liberales, que recientemente se han extendido en Oriente de un modo alarmante para las viejas instituciones, han surgido en Egipto con un vigor poderoso y sorprendente.

El espíritu popular, de suyo indiferente y apocado, en este caso se ha unido, respondiendo al simpático movimiento iniciado en Turquía y reproducido en Persia.

Hoy ha sido presentada al Khedive una instancia suscrita por 130.000 fir-

mantes, en gran parte de posición é influencia, pidiendo el establecimiento del sistema constitucional en Egipto.

El acto de la entrega del documento, en que se manifiesta el sentir popular ha sido afirmado por una manifestación monstro, que se ha situado en actitud respetuosa frente al palacio del Khedive.

Este recibió el mensaje de la comisión, encargada de la entrega, reservándose el contestar pasados unos días.

Témense algunas medidas violentas por parte del gobierno, contra los principales firmantes.

La manifestación se disolvió pacíficamente; pero los ánimos están muy mal dispuestos.

Si el Khedive se resiste, es indudable que estallará la revolución

Los estudiantes italianos

Siguen las manifestaciones de hostilidad contra Austria en varias universidades italianas.

Los estudiantes de la de Roma se reunieron tumultuosamente frente al edificio; acordaron la suspensión de clases, y obligaron á colocar la bandera nacional á media asta.

Además se redactó una protesta pidiendo al Gobierno una acción inmediata y enérgica, y telegrafióse á los estudiantes italianos de Viena estigmatizando la barbarie austriaca.

Un grupo apedreó la Legación austriaca.

La policía tuvo que intervenir varias veces.

Por la tarde se quemaron en la vía pública banderas austriacas y retratos del emperador.

Insuficiente la policía para restablecer el orden. fueron sacadas las tropas á la calle.

La clásica capa

Cada año vemos que se disminuye. Cada año vemos que la capa, la arriespañola capa, es injustamente suplantada por el gabán.

Dentro de poco, al correr de los años, desaparecerá por completo; y esta vistosa prenda de paño y terciopelo de colores, esta prenda magnífica que patentiza el espíritu práctico de nuestros antepasados, penderá, como un trofeo glorioso, comido por la polilla, como todos los gloriosos trofeos, del liviano y mohoso clavo de una prendería de viejo. Y esto, queridos compadres, no es razonable, no es justo. Vuestro desdén por la amable capa, lo pagareis con las desazones que os impone el uso del gabán. Este no quiere ni botas desportilladas, ni camisa con cuatro días, ni sombrero ruso, ni corbata deshilada: es exigente, es cruel. Vuestros cuidados y vuestros mimos de cepillo, lo pagará, desagradecido, envejeciendo en dos años; ni más ni menos que como una mujer: como ésta, es voluble y caprichoso: tan pronto se le antoja deshacerse en amplios revoloteos, como ir oprimiendo la cintura al igual que esos pequeños petardos que la magnánima y piadosa Tabacalera ofrece para ameno solaz de heróicos militares.

Si, mis buenos hidalgos, al desdennar la capa, obráis locamente. ¿Es acaso que olvidáis los buenos servicios que os prestó...? No es posible. Ella, en las frías noches invernales, se arrolló en tibia y voluptuosa caricia alrededor de vuestro cuello; ella, preservó de sabañones vuestras orejas; ella recatada y discreta, envolvió en el misterio aquella salida á deshora de la callejuela. Y luego, cuando el sol calcina y cee de plano, y no necesitamos de sus servicios, ella, amante siempre y siempre buena, hará una peregrinación cuidadosamente doblada donde le esperan unos hombres buenos, amables y filósofos, que no vacilarán en apreciarla su valor... ¿Puede decirse más á una prenda? ¡No, voto á mil diablos! Dádesinteresadamente todo lo que tiene una mujer que te quiere mucho, no podría darte más. ¿Es que olvidáis el tan verdadero y tan saludable refrán de que «una capa todo lo tapa»? Creo que no. ¡Sí, una buena capa todo lo tapa, ¡Es verdad! Todo: miserias, y rajones; penas y lágrimas; corazones...

Biblioteca del EL ECO DE CARTAGENA 208

more, las orejas tiernas y ojo reluciente. Uno y otro le arrojaban tan pronto un pedazo de pan; como una cola de pescado, y él lo atrapaba todo en el aire.

—Como me alegro, dijo Frits que se me haya ocurrido venir por aquí hoy por la mañana; me aburría terriblemente y no sabía qué hacer en este extremo monótono ir todo los días á la cervetería.

—Si la cervetería es monótona no es ciertamente porque no trates de divertirte en ella dijo Haan.

Vives Dios que puedes jactarte de divertirte, Ayer te has burlado de todo el mundo con tus citas del Cántigas ¡Ja, ja, ja!

—Desde hoy ya conocemos la formalidad de este hombre, dijo Schoultz, Ya sabemos que cuando está serio hoy que reírse, y cuando se rie hay que desconfiar de él.

Frits se puso á reír con ganas.

—Con que no os habéis traído la píldora dijo yo que creía...

Kobus, replicó Haan; te conocemos hace mucho tiempo, y, por, tanto no puedes hacernos comulgar con ruedas de molino. Pero volvieron á lo que decías de la cervetería nos puedes jugar una mala pasada. Tantos hombres obesos prematuramente tantos amálgamos gotosos ó hidrópicos le de-

Biblioteca del EL ECO DE CARTAGENA 206

riz, la cara morada, los ojos entorpecidos, los labios apretados, y los cuatro pelos que le quedaban derechos como látigos Schoultz y el buen carpintero miraban medio encorvados, bajando los hombros, y balanceándose con las manos atrás. El muchacho Sepel Baumgarten levantaba en el otro extremo los brazos.

Por fin Haan, después de un rato de calcularlo bien, dejó caer los brazos en semiflexión, y la bola partió describiendo una curva imponente.

Al instante se oyó que decían: ¡truco! y se vió á Schoultz bajarse á recoger una bola, mientras que el profesor hablaba con Haan levantando el dedo, sin duda para enseñarle que había cometido una falta en el juego. Pero Haan no le escuchaba y miraba á los bolos. Luego se sentó en el extremo de un banco, bajo el transporte follejo, y llevó su vaso con seriedad.

Este escena composita reunió á Frits.

—¿Qué contestó está! Me alegro, porque presentándoles la proposición con diplomacia accedieron en seguida.

El gran Federico Schoultz, después de balancear la bola, acababa de arrojarla. Redaba con la rapidez de la liebre que sale de un matrazal. Schoultz, con los brazos por el aire, gritaba: «Der-konig, de

(1) El mingo.